

COLECCIÓN CLÁSICOS

Crimen. y castigo

Fiódor Dostoievski

TEXTO ADAPTADO POR FEDERICO VILLALOBOS



COLECCIÓN CLÁSICOS

Crimen y castigo

Fiódor Dostoievski

ADAPTADO POR FEDERICO VILLALOBOS



Primera edición: marzo de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Contenido pedagógico: María Zubicoa

Diseño de interiores: Julián Muñoz
Coordinación gráfica: Lara Peces
Fotografías: Shutterstock; iStock; Album; Alianza Editorial,
Iwa-Ait.Org, Herder Editorial; Efe; Alamy Images; Archivo SM

- © del texto: Federico Villalobos, 2008
- © de las ilustraciones: Magoz, 2018
- © Ediciones SM, 2018

Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-290-4
Depósito legal: M-1278-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Introducción	5
Crimen y castigo	23
Personajes	25
Capítulo 1	27
Capítulo 2	33
Capítulo 3	43
Capítulo 4	49
Capítulo 5	53
Capítulo 6	57
Capítulo 7	67
Capítulo 8	73
Capítulo 9	79
Capítulo 10	85
Capítulo 11	91
Capítulo 12	99
Capítulo 13	105
Capítulo 14	109
Capítulo 15	113
Capítulo 16	117
Capítulo 17	121
Capítulo 18	125
Capítulo 19	129
Capítulo 20	135
Capítulo 21	141
Capítulo 22	147
Capítulo 23	151
Capítulo 24	157
Capítulo 25	161
Epílogo	165
Actividades	169
En pocas palabras	175

Crimen y castigo

Criterio de esta edición

Una adaptación literaria debe ser, ante todo, fiel a la obra original, y *Crimen y castigo* es un texto complejo. Si la sencillez es una virtud, la simpleza es un defecto. Adaptar con fidelidad la novela de Dostoievski no puede consistir, por lo tanto, en simplificarla o trivializarla, sino en propiciar una lectura más sencilla que conserve la riqueza de matices y significados del original.

Dado el carácter de la colección, hemos optado por una estructura, sintaxis y léxico más sencillos, así como por la modernización de la ortografía. Hemos dividido la obra en veinticinco capítulos y un epílogo (la obra original presenta seis partes más un epílogo) con el fin de presentar un texto ágil y accesible.

El mismo propósito de agilizar la lectura nos ha sugerido la conveniencia de eliminar alguna de las subtramas. En los casos que consideramos oportunos, acompañamos el texto con notas explicativas y de vocabulario.

FEDERICO VILLALOBOS

Personajes

- Rodión Románovich Raskólnikov:** protagonista de la novela, estudiante de Derecho
- Puljeria Aleksándrovna Raskólnikova:** madre de Raskólnikov
- Dunia Románovna Raskólnikova:** hermana de Raskólnikov, también conocida por su diminutivo Dúnechka
- Dmitri Razúmijin:** estudiante de Derecho, compañero de Raskólnikov
- Aliona Ivánovna:** anciana prestamista
- Lizaveta Ivánovna:** hermana de la anciana prestamista
- Semión Marmeládov:** funcionario
- Katerina Ivánovna:** esposa de Marmeládov
- Sonia Semiónovna Marmeládova:** hija de Marmeládov e hijastra de Katerina
- Polenka, Kolia y Lida:** hijos del matrimonio Marmeládov
- Lippewechsel:** dueña de la casa donde reside la familia Marmeládov
- Zamiótov:** encargado de la oficina de policía
- Porfiri Petróvich:** investigador jefe
- Piotr Petróvich Luzhin:** prometido de Dunia
- Andréi Semiónovich Lebeziátnikov:** consejero ministerial y compañero de habitación de Luzhin
- Arkadii Ivánovich Svidrigáilov:** antiguo patrón de Dunia y pretendiente suyo
- Marfa Petrovna:** esposa de Svidrigáilov
- Nastasia:** cocinera y sirvienta de la casa donde vive Raskólnikov
- Mitri:** pintor
- Nicolái:** pintor

Este es el nombre completo del protagonista, formado por el nombre de pila, el patronímico y el apellido. Casi todos los nombres rusos incluyen un patronímico, es decir, un nombre que deriva del nombre del padre o de otro antecesor masculino, al que se añade el sufijo *-ovich/-evich*, si es un varón, y *-evna/-ovna*, si es una mujer. A los apellidos rusos se les añade un sufijo en función del sexo: *-ov* para los hombres y *-ova* para las mujeres.

Capítulo 1



Una tarde sumamente calurosa de principios de julio, un joven salió de la buhardilla en la que vivía de alquiler y echó a andar por las calles de San Petersburgo.

Por suerte, había logrado dar esquinazo a su casera. La mujer vivía en el piso de abajo y, para salir a la calle, el joven tenía que pasar por delante de su cocina, cuya puerta siempre estaba abierta. Le debía bastante dinero por el alojamiento y la comida, y eso le avergonzaba. Aunque, en realidad, no era solo con ella con quien temía encontrarse. Desde hacía algún tiempo se había encerrado en sí mismo, y le horrorizaba el contacto con cualquier ser humano. Se había desentendido de todo y de todos, y ya ni siquiera le preocupaba la miseria en la que vivía.

Cuando salió a la calle, el miedo que había pasado le hizo sonreír.

«¡Mira que asustarme de la casera cuando estoy tramando algo tan terrible! —se dijo a sí mismo—. Pero lo cierto es que le doy demasiadas vueltas a la cabeza, y luego no hago nada. ¿De verdad sería capaz de poner en práctica mi plan?».

El joven menciona un plan «terrible» que no especifica y que pone alerta al lector desde la primera página.

El calor, el polvo y el mal olor de las calles, que en verano convertían San Petersburgo en un lugar inhabitable, le ponían de mal humor. De vez en cuando tropezaba con alguno de los borrachos que vagaban por aquella parte de la ciudad, pero seguía caminando sin prestarle atención, moviendo los labios como quien habla a solas. Era un joven muy apuesto, con unos hermosos ojos oscuros y el cabello castaño. Tenía una buena presencia, pero vestía una ropa tan andrajosa que cualquier otro se hubiera avergonzado de salir así a la calle.

El lugar al que se dirigía no estaba muy lejos. Había exactamente setecientos treinta pasos desde el portal de su casa. Lo sabía porque los había contado un mes atrás, cuando empezó a darle vueltas a aquella terrible idea. Entonces era solo una fantasía, pero ahora, a pesar de que a menudo se decía que no sería capaz de llevarla a cabo, empezaba a considerarla como un verdadero proyecto. Y aquella tarde iba a ensayarla. Por eso, cuando llegó ante el enorme edificio, el corazón le dio un vuelco.

En aquella casa, dividida en pequeños apartamentos, vivía mucha gente. Afortunadamente, no se encontró con nadie cuando se coló en uno de los portales y se deslizó hacia la estrecha y oscura escalera de la derecha.

—Si ahora, en este instante, tengo tanto miedo —se decía mientras subía—, ¿cuánto tendría si finalmente decidiera llevarlo a cabo?

Llegó a la cuarta planta y tiró de la campanilla que colgaba ante la puerta. Al escuchar su sonido, sintió un escalofrío. Poco después, la puerta se abrió lo justo para que asomaran unos ojillos brillantes que le miraron con desconfianza antes de dejarle pasar. El joven entró en el oscuro recibidor. La mujer seguía con los ojos clavados en él. Era

una viejecilla insignificante, con una mirada penetrante y una nariz puntiaguda.

—Soy Raskólnikov, el estudiante —le dijo el joven—. Estuve aquí hace un mes.

—Ya me acuerdo. Sí, me acuerdo muy bien de usted, jovencito —respondió la vieja sin apartar los ojos de su rostro.

—El caso es que he vuelto por el mismo asunto —prosiguió Raskólnikov.

Después de titubear silenciosamente durante unos instantes, la vieja le invitó a pasar a la habitación contigua, un cuarto pequeño amueblado con modestia. En un rincón, una lámpara ardía a los pies de un icono¹. Raskólnikov procuró memorizar todos los detalles.

La vivienda tenía solo dos habitaciones: el cuarto en el que se encontraban y el dormitorio, ante cuya puerta colgaba una cortina estampada.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó secamente la vieja.

—Le traigo esto. Quisiera empeñarlo.

Raskólnikov sacó del bolsillo un viejo reloj de plata.

—Antes tendrá que desempeñar la sortija —dijo la vieja—. Hace dos días que se cumplió el mes.

—No se preocupe, le pagaré otro mes de interés. Pero ahora necesito dinero. ¿Cuánto me da por el reloj, Aliona Ivánovna?

La vieja examinó la pieza.

—No vale nada. Solo me trae usted baratijas, jovencito.

—Deme cuatro rublos². Era de mi padre, y lo desempeñaré enseguida. Espero recibir muy pronto algún dinero.

—Le daré un rublo y medio, y le cobraré el interés por adelantado.

—¡Solo un rublo y medio! —exclamó el joven, indignado.

—Es lo que hay. Si le parece poco...

¹ icono: imagen religiosa, objeto de veneración para el cristianismo ortodoxo.

Como se señala en la página de personajes, los nombres rusos suelen incluir un patronímico. En este caso, Aliona Ivánovna significa «Aliona, hija de Iván».

² rublos: moneda rusa.

La vieja le devolvió el reloj. Raskólnikov estuvo a punto de marcharse, pero recordó el otro motivo por el que había ido allí.

—Está bien —dijo—. Deme el dinero.

La vieja buscó en su bolsillo, sacó un manojito de llaves y pasó al otro cuarto. Raskólnikov le oyó abrir una cómoda.

«Guarda las llaves en el bolsillo de la derecha —se dijo—. Una de ellas es tres veces más grande que las demás, así que no puede ser de la cómoda, sino de una caja o un baúl. Dios mío, todo esto es repugnante».

La vieja volvió del dormitorio.

—A ver, jovencito: le cobraré quince kopeks³ de interés por adelantado. Sumados a los veinte que me debe por la sortija, hacen un total de treinta y cinco, que le tengo que descontar. Por lo tanto, le daré por el reloj un rublo y quince kopeks.

—Pero ¿no me había dicho un rublo y medio? ¿Y ahora es solo un rublo y quince kopeks?

—Eso es.

El joven tomó el dinero y se quedó mirando a la vieja, como si no se decidiera a marcharse.

—Quizá vuelva dentro de unos días —dijo finalmente—. Un amigo tiene que devolverme una pitillera de plata. Se la traeré. Es un objeto de bastante valor.

—Ya hablaremos entonces.

—Está usted siempre sola —observó Raskólnikov mientras la vieja le acompañaba a la puerta—. ¿No vive también aquí su hermana Lizaveta?

—¿Y usted qué tiene que ver con ella, jovencito?

—Nada, nada. Era solo preguntar por preguntar. Buenas tardes, Aliona Ivánovna.

Los pensamientos de Raskólnikov se intercalan a lo largo de toda la novela. El narrador conoce en profundidad al protagonista.

³ kopeks: moneda fraccionaria rusa equivalente a la centésima parte de un rublo.

Abandonó el piso y bajó las escaleras sintiéndose cada vez más asqueado.

«¡Todo esto es repugnante! —se dijo, ya en la calle—. ¿Cómo es posible que se me haya ocurrido una idea como esta? ¡Y pensar que llevo un mes dándole vueltas!».

Las náuseas que sentía le hacían caminar como si estuviera borracho, tropezando con la gente. Una calle más allá, se encontró los escalones de una taberna situada en un sótano. Nunca había entrado en un tugurio tan miserable, pero tenía una sed mortal. Bajó los escalones, se sentó en un rincón y pidió una cerveza.

«Lo que pasa es que llevo dos días sin probar bocado y estoy muy débil —se dijo—. Pero después de una cerveza, todo se ve más claro».

Sintiéndose más animado, miró a su alrededor. La taberna estaba medio vacía. No había más que un par de tipos medio borrachos y un individuo con aspecto de funcionario jubilado, sentado aparte con su botella. Parecía bastante inquieto.



¿Verdadero o falso?

- El narrador de la obra...
- es omnisciente.
- es un personaje de la historia.
- conoce los pensamientos de todos los personajes.
- conoce los pensamientos del personaje principal.

Capítulo 2



A pesar de lo inmundo de aquella taberna, Raskólnikov se encontraba a gusto allí. Después de un mes de encierro en su buhardilla, se sentía empujado a buscar compañía y a respirar otro ambiente. Se dio cuenta de que el hombre con aspecto de funcionario le miraba fijamente. Parecía tener ganas de conversación. Vestía una levita negra, vieja y gastada, a la que le faltaban todos los botones menos uno, que llevaba abrochado para guardar las apariencias. Bajo el chaleco asomaba una pechera llena de lamparones.

La inquietud de aquel hombre era evidente. Se mesaba continuamente los cabellos y, de vez en cuando, apoyaba la cabeza entre las manos. Finalmente, se decidió a dirigirle la palabra a Raskólnikov:

—¿Podría permitirme, caballero, el atrevimiento de entablar conversación con usted? Aunque su aspecto no sea muy distinguido, mi experiencia me permite reconocer a un hombre bien educado, y yo tengo gran respeto por la educación. Me apellido Marmeládov, consejero titular Marmeládov. Dígame, ¿también usted es funcionario?

—No. Soy estudiante —respondió el joven, sorprendido al verse abordado de forma tan directa.

—¡Estudiante! ¡Lo que yo decía! —exclamó el funcionario llevándose un dedo a la frente—. ¡La experiencia, caballero, me lo dice la experiencia! Pero permítame...

Se levantó, cogió su botella y su vaso y, tambaleándose un poco, fue a sentarse cerca de Raskólnikov. Era evidente que estaba borracho, y parecía tan necesitado de conversación como si no hubiera hablado con nadie por lo menos en un mes.

—Caballero —empezó a decir en tono solemne—, la pobreza no es un vicio. En la pobreza, uno puede conservar su dignidad natural. Pero la miseria, amigo mío, la miseria sí es un vicio. Al hombre que cae en la miseria lo barren a escobazos de la sociedad, lo humillan. De ahí viene la bebida, ¿comprende?

Aquel hombre debía de ser conocido en la taberna. El dueño, que escuchaba desde el mostrador, bostezó con ostentación.

—¡Cara dura! —dijo en voz alta—. ¿Por qué no estás en tu oficina?

—¿Por qué no estoy en la oficina, caballero? —respondió Marmeládov dirigiéndose a Raskólnikov como si la pregunta fuera suya—. ¿Cree que no sufro al saber que me arrastro inútilmente? ¿Acaso no sufrí cuando el señor Lebeziátnikov golpeó a mi esposa, mientras yo estaba borracho como una cuba? Cuando mi hija, mi única hija, tuvo que echarse a la calle con el carné amarillo de las prostitutas... Porque mi hija es una mujer de la calle, caballero —añadió mirando a Raskólnikov con cierta desconfianza.

Al tabernero se le escapó la risa.

El carné amarillo era una tarjeta que la policía daba a las prostitutas y que las autorizaba para ejercer la prostitución.

—No importa, no le haga caso —dijo Marmeládov—. A mí eso ya no me afecta; todos saben a qué se dedica mi hija. Pero míreme. Dígame si, contemplándome, se atrevería a afirmar que no soy un auténtico cerdo.

Raskólnikov no respondió.

—Pues sí —prosiguió Marmeládov—, soy un cerdo. Katerina Ivánovna, mi esposa, es una verdadera señora, una persona educada y de elevados sentimientos. Pero yo soy un cerdo.

Marmeládov dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Eso es lo que soy! ¡Un cerdo! ¡Todo me lo he gastado en bebida! Vivimos en un cuarto muy frío, y este invierno Katerina Ivánovna se acatarró porque yo había vendido su pañoleta de pelo de cabra, y empezó a toser y a escupir sangre. Tenemos tres niños pequeños, de su primer matrimonio, y Katerina Ivánovna se pasa el día entero fregando, lavando y bañando a los críos, y eso que está muy delicada y tiene propensión a la tisis¹. ¿Cree usted que no lo siento? Lo siento mucho, y por eso bebo. ¡Bebo para sufrir más de lo que sufro!

¹tisis: tuberculosis pulmonar.

Marmeládov agachó la cabeza hasta apoyarla en la mesa. Luego volvió a levantarla.

—Le cuento todo esto, caballero, porque creo que es usted un hombre sensible y culto. Mi esposa es también persona instruida. Se educó en un instituto para señoritas de la nobleza. Su primer marido fue un oficial del ejército. Se casó con él por amor, y se fugó de la casa de sus padres. Él murió a los pocos años. Me consta que la pegaba, pero ella sigue recordándole con lágrimas en los ojos. Me compara con él, y yo siempre salgo perdiendo en la comparación, pero me alegro de que crea que al menos en otro tiempo fue feliz. Cuando la conocí, estaba hundida en la

miseria. Viuda y con tres hijos, su familia le había vuelto la espalda. Yo también estaba viudo y tenía una hija. Le ofrecí mi mano. Fíjese usted en qué estado se encontraría ella, una mujer bien educada y de apellido conocido, que aceptó casarse conmigo. Llorando y gimiendo de desesperación, pero aceptó. No tenía a nadie más a quien acudir. Y todos necesitamos tener alguien a quien acudir.

Marmeládov tocó con un dedo la botella.

—Por este vicio que tengo, perdí mi trabajo. Ahora vivimos en un cuartucho que nos alquila la señora Lippe-wechsel y, la verdad, no sé cómo nos las arreglamos para vivir y pagar el alquiler. En todo este tiempo, mi hija Sonia, la que tuve en mi primer matrimonio, ha ido creciendo. La pobre no ha recibido ningún tipo de instrucción. Le haré un pregunta, caballero: ¿cuánto cree que puede ganar una muchacha, pobre pero decente, trabajando honradamente?

Raskólnikov se encogió de hombros.

—Ni siquiera quince kopeks al día. Mientras tanto, los niños pasan hambre, y a Katerina Ivánovna le han salido manchas rojas en las mejillas, como siempre les ocurre a los tuberculosos. «Eres una holgazana —le dice un día a mi Sonia—, y aquí estás, viviendo a nuestra costa». Yo estaba tumbado en la cama, no se lo voy a ocultar, borracho como de costumbre, y le oigo decir a mi Sonia, con su vocecita: «Katerina Ivánovna, ¿de verdad quiere que haga eso?». «¡Anda! ¿Y por qué no? —responde Katerina Ivánovna en tono de burla—. ¿Para qué te lo quieres guardar? ¿No pensarás que es un tesoro?». No culpe usted a mi esposa, caballero. Cuando le dijo eso a Sonia, estaba enferma y trastornada por el llanto de los niños, que tenían hambre. Lo dijo solo para desahogarse a costa de mi hija. El caso

Se refiere a su sexo
o su virginidad.

es que Sonia se levantó, se puso su pañuelo y su capa y salió a la calle. Volvió dos horas después, se fue derecha a Katerina Ivánovna y puso delante de ella, sobre la mesa, treinta rublos de plata. Luego se echó en la cama, con la cara vuelta hacia la pared. Le temblaba todo el cuerpo. Vi cómo Katerina Ivánovna se acercaba a su cama, se arrodillaba ante ella y le besaba los pies. Así se pasó toda la noche, de rodillas ante la cama de mi hija.

A Marmeládov se le quebró la voz. Llenó el vaso, lo apuró y se aclaró la garganta.

—Desde entonces, caballero —siguió diciendo—, mi hija Sonia tiene que llevar el carné amarillo de las prostitutas y ya no puede vivir con nosotros. Nuestra patrona² no lo permite, aparte de que el señor Lebeziátnikov, otro de los inquilinos... Bueno, al principio intentó seducir a Sonia, pero como mi hija lo rechazó, se puso muy digno y dijo que no podía vivir en la misma casa que una ramera. Katerina Ivánovna se enfureció y quiso decirle cuatro cosas. Entonces, el señor Lebeziátnikov le dio una paliza. Ahora Sonia viene a vernos por la noche y nos trae el dinero que puede. Y yo... yo me levanté una mañana, me puse mis andrajos, alcé los brazos clamando al cielo y me fui a ver a su excelencia Iván Afanásievich, que ya me ayudó una vez. Y a pesar de que en aquella ocasión le defraudé, su excelencia Iván Afanásievich me dio otra oportunidad y me consiguió un nuevo empleo. Cuando volví a casa y lo anuncié, no puede usted imaginarse lo que fue aquello.

Marmeládov, que estaba muy agitado, hizo una pausa. Cuando reanudó su relato, su rostro parecía haberse llenado de luz.

—Esto ocurrió hace cinco semanas. Dios mío, ¡qué alegría les di a Katerina Ivánovna y a Sonia! ¡Y qué atenciones tuvie-

² patrona: dueña de la casa donde residen.

ron conmigo! No sé cómo se las arreglaron, pero me consiguieron un uniforme decente. El primer día, cuando vuelvo de la oficina, me encuentro con que Katerina Ivánovna ha preparado dos platos: sopa y carne en salazón con rábanos picantes, algo con lo que no podíamos soñar siquiera. Y ella... ella parecía una persona diferente, más joven, más bonita. Se había arreglado el pelo y se había puesto un cuello y unos puños nuevos. Ya sabe con qué arte son capaces las mujeres de sacarle partido a nada. Hace seis días, llevé a casa mi primer sueldo, veintitrés rublos y cuarenta kopeks.

Marmeládov interrumpió de nuevo el relato. Intentó sonreír, pero de pronto le empezó a temblar la barbilla. Raskólnikov le escuchaba con atención, aunque lamentaba haber entrado en la taberna para encontrarse con aquella historia de cariño y de dolor.

—¡Ay, caballero! —exclamó Marmeládov dominando el temblor—. Sin duda le estoy molestando con todos estos detalles estúpidos de mi vida doméstica. Fíjese: tras llegar a casa con el sueldo, pasé la tarde y la noche entera soñando con rehacer mi vida, con arreglarlo todo, con comprarles ropa a los niños y proporcionarles tranquilidad a mi esposa, y con rescatar a mi hija, a mi niña, de la infamia y devolverla a nuestra familia. Pues bien —Marmeládov se estremeció, levantó la cabeza y miró fijamente a Raskólnikov—, a la noche siguiente, hace cinco días, le quité a Katerina Ivánovna la llave de su baúl, saqué todo lo que quedaba de mi sueldo y me largué. Llevo cinco días sin aparecer por casa, he perdido mi empleo y el uniforme lo he cambiado en otra taberna por estos harapos. ¡Todo se ha ido al cuerno!

Marmeládov se dio un puñetazo en la cabeza, cerró los ojos e hizo rechinar los dientes. Luego volvió a mirar a Raskólnikov.

—¿Soy o no soy un cerdo? Pero dígame: ¿me compadece usted? Porque no necesito que me compadezcan. Lo que necesito es que me crucifiquen. ¡Que me crucifiquen, no que me compadezcan!

Marmeládov se puso de pie con el brazo extendido. Estaba muy exaltado.

—¡Crucifícame Tú, Señor, que eres el único juez! ¡Crucifícame y compadéceme luego, Tú, que comprendes todas las cosas! ¡Tú, que perdonarás a mi Sonia porque vendió su cuerpo para ayudar a una madrastra enferma y a unos niños hambrientos! ¡Tú, que perdonarás a todos los hombres, incluidos los borrachos, los débiles y los cerdos como yo!

Se dejó caer en el banco, agotado.

—¡Menudos disparates! —exclamó el tabernero.

—Vámonos, caballero —dijo Marmeládov levantando la cabeza—. Lléveme a casa; yo le indicaré el camino. Es hora de que vuelva con Katerina Ivánovna.

Marmeládov se apoyó en el hombro de Raskólnikov. Su casa no estaba lejos. Entraron en el patio y subieron al cuarto piso. Al final de la oscura escalera había una pequeña puerta abierta, llena de mugre. Una vela alumbraba una mísera habitación de unos diez pasos de largo. Todo estaba en desorden, con trapos y ropa de niño tirados por el suelo. La habitación servía de paso a los demás inquilinos de la casa. La puerta que llevaba a los otros aposentos estaba abierta, y a través de ella llegaban voces, risas y humo de tabaco.

Raskólnikov reconoció inmediatamente a Katerina Ivánovna. Era una mujer alta y muy delgada, de agradable presencia pero muy desmejorada. Efectivamente, dos manchas rojas llameaban en sus mejillas. Debía de tener unos treinta años, muchos menos que Marmeládov. No se había

percatado de la llegada de este y de su acompañante. Parecía no ver ni oír nada en absoluto, como si estuviera ensimismada.

Los niños se encontraban con ella. La más pequeña, de unos seis años, dormía acurrucada en el suelo, con la cabeza apoyada en un sofá desvencijado. El niño, algo más crecido, lloraba tembloroso en un rincón, quizá porque acababan de pegarle. La mayor, de unos nueve años, alta y delgada como un palillo y vestida con escasa ropa que se le había quedado pequeña, rodeaba el cuello de su hermanito con un brazo e intentaba consolarle.

En vez de entrar, Marmeládov se arrodilló en la puerta y empujó a Raskólnikov. Al ver a un desconocido, la mujer debió de pensar que se dirigía a otra habitación a través de aquel cuarto que servía a los demás de pasillo, y fue hacia la puerta para cerrarla. Entonces advirtió el bulto de su marido arrodillado en la entrada y lanzó un grito.

—¡Has vuelto! ¡Bandido! ¿Y esa ropa? ¿Dónde está la tuya? ¿Dónde está el dinero?

Se lanzó sobre él para registrarle los bolsillos. Marmeládov le facilitó la operación separando los brazos.

—¡Dios mío! —gritaba la mujer—. Pero ¿es que te lo has bebido todo? ¡Si quedaban doce rublos!

En un arrebato de furia, lo agarró del pelo y lo metió a rastras en el cuarto.

—¡Esto no me duele, caballero! —exclamaba Marmeládov con voz entrecortada, mientras la mujer le sacudía y le hacía darse un cabezazo contra el suelo—. ¡No, señor! ¡Me agrada, porque así ella se desahoga!

La pequeña que dormitaba junto al sofá se despertó y rompió a llorar. El niño, aterrorizado, se abrazó a la otra hermana, que temblaba como un pajarillo.

—¡Tienen hambre! —gritaba la mujer, desesperada—. ¡Y tú te lo has bebido todo! ¡Maldita vida! ¿Y usted? —dijo volviéndose de pronto hacia Raskólnikov—. ¿Ha estado bebiendo con él? ¿Y no le da vergüenza venir aquí? ¡Lárguese!

Raskólnikov salió a toda prisa, mientras por la puerta interior se asomaban algunos curiosos. Al salir, buscó en su bolsillo la calderilla que le habían dado de vuelta en la taberna y la dejó disimuladamente en la repisa de la ventana. Luego, mientras bajaba por la escalera, se arrepintió y estuvo a punto de volver a recogerla.

«¡Qué tontería he hecho! —se dijo—. Ellos tienen a su Sonia, y yo necesito el dinero».

Pero se dio cuenta de que ya era tarde para echarse atrás, así que se encogió de hombros y tomó el camino de su casa.

«¡Menudo filón que han encontrado en esa Sonia! ¡Y bien que lo aprovechan! Al principio les habrá dolido, sobre todo la primera noche, pero ya se han acostumbrado. ¡Los seres humanos somos tan canallas que nos acostumbramos a todo!».

Se detuvo un momento en medio de la calle, reflexionando: «Aunque es posible que me equivoque. Quizá el ser humano no sea ningún canalla y las cosas son como deben ser, sin que exista límite ni barrera alguna».



¿Cuáles de los siguientes problemas sociales aparecen en este capítulo?

- miseria y pobreza
- vandalismo
- acoso
- alcoholismo
- violencia

